

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

CARTAS SOBRE LA ESPOSICION UNIVERSAL.

LONDRES 23 DE OCTUBRE DE 1851.

Señor director de *La Semana*.

Circunstancias que vd. no ignora han sido causa de no mandar antes esta segunda carta relativa á la famosa esposicion, que en el momento que escribo pertenece ya á la historia, y cuyo fin triste y apagado ha formado un contraste chocante con el entusiasmo y alegría que escitó su apertura. No parece sino que los ingleses, apartándose completamente de las tradiciones que han caracterizado las exposiciones de la industria en el continente, sobre todo en Francia, han revestido á la suya del carácter de un grande y noble señor, cuyo nacimiento se saluda con los festejos de los amigos, las campanas de la parroquia y las aclamaciones de los vasallos. Despues que el niño se ha hecho grande y ha brillado en su carrera, le llega su término, y al morir hallan sus testamentarios que el escéntrico señor quiere ser enterrado sin pompa ni aparato, y solo con las humildes preces del párroco. Así ha muerto tambien la esposicion universal. El día 15, día destinado á su entierro, se recitó en el palacio de cristal con humilde ceremonia la oracion de despedida, y se entonó luego por la multitud reunida un aleluya de triste y fúnebre acento, de desacordado son, regular y monotonó cual el rezo de los difuntos. Ahora pues, amigo mio, permítame que vaya juzgando de la esposicion, no como cosa que existe, sino como cosa que, habiendo ya pasado, se presta al analisis concienzudo de lo que fué, no á la admiracion sin criterio de lo que se vé por primera vez.

LA ESPOSICION Y LOS ESTRANGEROS.

Meses antes de que abriera sus puertas el palacio de cristal, la prensa inglesa aterró á su pais con la desconsoladora profecia de que seria tal el número de viajeros que acudirían de todo el globo á admirar el portentoso de la esposicion, que llegarían á faltar las subsistencias, que no habría habitaciones donde albergar tanta muchedumbre, y lo que era peor, que todos los malvados del continente vendrían á Londres en gran masa amenazando la tranquilidad de los ciudadanos, el

medios de proveer al consumo de la capital en caso de conflicto. La consecuencia de todo esto fué que las nueve décimas partes de los vecinos de Londres habitaron sus casas para recibir huéspedes; se montaron multitud de hoteles y fondas, casas de comer y tabernas; se hicieron grandes contratas en Bélgica y Francia para adquirir provisiones de boca; se trazaron grandes planos y se prepararon materiales para construir edificios provisionales é inmensas barracas, en cuanto comenzaron á llegar esas prodigiosas murallas de estrangeros que habian de venir hambrientos y en tropel como los israelitas fugados de Egipto. Y no fué esto solo. Calculando que tantas gentes habian de vestir tambien, y que su mision en Londres no habia de ser precisamente comer, beber y fertilizar la tierra, sino que de algun modo habian de fertilizar tambien los bolsillos de los mercaderes, no hubo tendero que no hiciese pedidos por mayor á las fábricas á cortos plazos, creyendo la ganancia segura y la realizacion inmediata. Se abrieron nuevas casas de cambio de moneda; se alquilaron intérpretes en todas las tiendas, los cuales sabian dar los buenos días en francés, alemán é italiano, decir cuánto valia el género, y añadir que era muy bueno, bonito y barato. Este era todo su diccionario, que muchas veces iba acompañado de unos lánguidos ojos azules en una rubia cara femenina, capaces de hacer reflexionar á un alemán, desmandar á un francés y aburrir á un español.

Hoy día que todo se ha concluido, y que se ha hecho el balance de cuentas, se vé con asombro cuán lejos ha estado la realidad de tantas mentidas esperanzas. Asi es que basta tan solo indicar un número, para poder juzgar de las pérdidas efectivas, de la próxima ruina y del fatal desengaño de muchas víctimas de la ponderada esposicion. Por los datos oficiales recientemente publicados se sabe que no han llegado á setenta mil los estrangeros que han visitado esta metrópoli desde el mes de mayo á mediados de octubre. De estos han firmado en el registro del departamento de los Estados Unidos en el palacio de cristal unos cuatro mil anglo-americanos, y en el de España unos mil doscientos; pero puede calcularse que habrán venido españoles de mil seiscientos á mil ochocientos, incluyendo algunos que sin ser precisamente compatriotas nuestros, se hallan unidos á nosotros por vínculos de comercio. Por estos datos se puede juzgar que los dos países estremos á quienes los franceses califican de salvajes á los habitantes del uno, y de agarenos á los moradores del otro, han sido justamente los que, si se considera

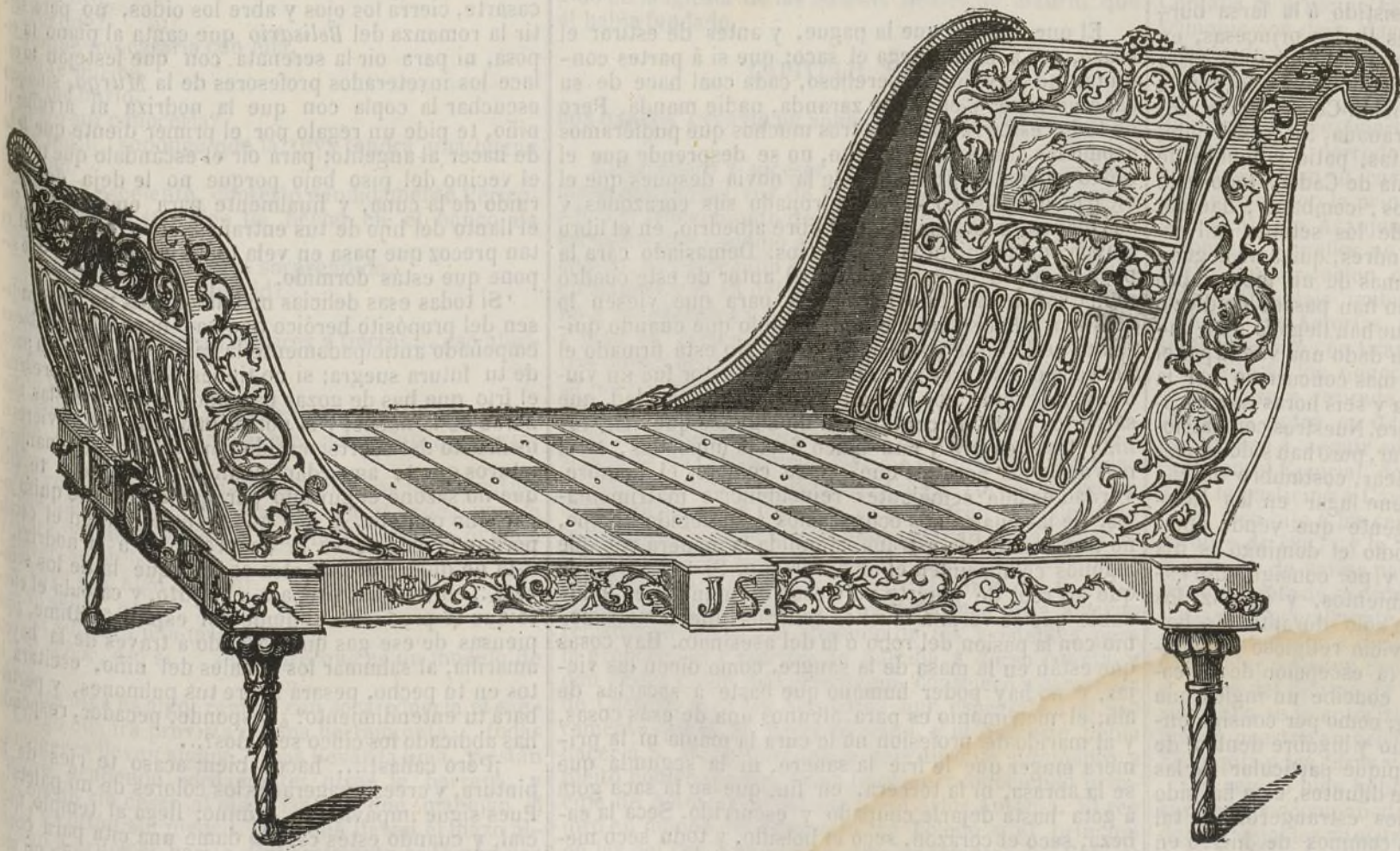
no se han atrevido á moverse de su casa; cuando es sabido que los ingleses atraviesan el canal de la Mancha todos los inviernos en número de treinta mil para ir á establecerse á París y la Turena durante el rigor de la estacion. Por el contrario los estrangeros que aqui han venido este verano, apenas se han detenido mas de una semana; y esto, que se comprende perfectamente en un español que, despues del gasto algo considerable de viage, se ha visto precisado á gastar aqui doblemente que los demas estrangeros, pues poco acostumbrado á viajar no le es fácil amoldarse de repente á ciertas exigencias que trae consigo la vida nomada del transeunte, no puede explicarse sino de un modo poco favorable respecto á otros países que pasan por mas adelantados que el nuestro. Los españoles se han visto obligados á pagar un hospedage caro en las casas de sus caros compatriotas, si han querido vivir en familia y con recuerdos pátrios, al paso que los franceses, alemanes é italianos, han encontrado multitud de establecimientos, donde á porfia les han ofrecido todos los medios de vivir y de entenderse desde el humilde figon y cama redonda hasta el aristocrático salon y empavesada alcoba.

Desde el principio de la esposicion se veian por las calles principales de Londres los varios visitantes que por su aspecto y maneras revelaban al instante el país de donde venian. Hay que advertir que el primer signo distintivo era la barba ó el bigote: en esto no puede haber confusion, porque es tal el horror, el odio instintivo que todo inglés profesa en su país al bigote, que hasta los oficiales del ejército se abstienen de adornarse con él, á pesar del carácter noble y marcial que dá á la fisonomía. Despues, cada nacion se ha hecho notar por una cualidad peculiar fácil de reconocer: generalmente los alemanes iban solos, desdoblándose á cada paso el plano de Londres para enterarse de la direccion que debian seguir, y consultando su vocabulario de voces ó manual de diálogos, compañero inseparable que los acompañaba en todos los parages públicos y en cuantas ocasiones habia necesidad de pedir ó explicarse. Fácil es de presumir que este método es trabajoso y muchas veces poco productivo; pero la impasibilidad alemana lo suple todo, y de esta manera han conseguido estudiar con algun fruto ó curiosidad la esposicion y los establecimientos públicos. Los franceses iban siempre en cuadrilla, y alborotando las mas veces; solian llevar algun guia, amigo pero no asalariado, y entraban en todas partes imperturbables y osados hablando en su idioma, y enfadándose porque

no los entendian. La mayor parte han venido provistos de un Manual del viajero en Londres, impreso en francés, y lleno de inexactitudes, tanto respecto del país como á las costumbres que pretende describir. La impresion que han dejado no es muy recomendable; por lo regular han sido mezquinos, y casi siempre han acabado disputando con las patronas y dueños de hospedage. De los italianos no se puede decir gran cosa, porque en general no han venido por la esposicion, y habitan mas bien Londres como emigrados que como gente curiosa ó entendida. Los anglo-americanos, son la parodia ridícula de los ingleses, y por su petulancia y acento nasal era fácil distinguirlos de la raza pura sajona. Los rusos no han podido venir sino con especial permiso del autócrata; así los que se han conseguido han sido gente distinguida y noble que ha honrado á su país en esta feria del mundo. Los españoles, iban con muy rara escepcion, acompañados de intérpretes ó cicerones, y se han dejado conducir á gusto de sus

guias, de los cuales algunos eran los tipos mas extravagantes que adornan este país, centro de todas las extravagancias del universo.

He aqui las escursiones de los visitantes. Lo primero en llegando era ir á la esposicion. Allí se pasaban cuatro ó cinco horas divagando perdidos por aquella confusion, y saliendo aburridos de haber mirado mucho



Cama de acero construida por don Tomás Meyne.

reposo público y la propiedad de los particulares. Aun pueden recordarse las caricaturas del *Punch* y otros periódicos satíricos, á propósito de esta plaga terrible cuanto inminente; y en prueba de que esto no era únicamente la simple opinion de algunos escritores, hasta en el parlamento se interrogó al gobierno acerca de las medidas de seguridad que pensaba adoptar, y de los

la dificultad de viajar respecto al uno, y la carestia y aun esposicion de parte del otro, han sido, decimos, los que han aportado mayor contingente relativo de visitantes al palacio de la industria; al paso que esos preconizadores de civilizacion que están á la puerta y que hasta por 160 reales miserables de ida y vuelta entre París y Londres han podido venir á todas horas,

y no visto nada. Luego era preciso recorrer las curiosidades de la gran metrópoli, y ¡cosa extraña! en vez de dedicarse a examinar el interior de la capital, nuestros viajeros se iban a visitar el palacio de Windsor, sitio real a veinte y dos millas de Londres, ó bien el hospital de inválidos en Greenwich, lindo pueblecillo a orillas del Támesis y a donde se va ó bien siguiendo la corriente del río, ó bien por el camino de hierro sobre arcos, construcción magnífica de los ingenieros ingleses. Despues solian hacer otra visita al palacio de cristal; pero como era preciso ver tambien la población se comenzaba por el Tunnel, se pasaba luego por las dársenas del puerto (ó diques, como generalmente traducen los franceses y españoles), se entraba a ver la famosa Torre de Londres tan restaurada despues del último incendio que apenas se conserva integro mas que el cuerpo de en medio con sus torrecillas flanqueadas. Si habia tiempo se subia a la cúpula de la catedral de San Pablo, desde donde no se ve mas que niebla en lontananza, y confusión de tejados y chimeneas al alcance de la vista. Si aun se podia disponer de uno ó dos dias mas, nuestros visitantes se extendian a ver la galería nacional de pinturas, el museo británico, la abadía de Westminster y la cámara de los lores. Tambien era cosa obligada un paseo por los jardines zoológicos a ver las piezas y reptiles, la cabalgata sobre el elefante, el baño del hipopótamo y los juegos de las girafas. Por la noche se iba al coliseo, donde se desarrolla en panorama una magnífica vista de Paris de noche, y una escena al vivo de montes y torrentes de Suiza, donde hay un jardín bajo cristales, ruinas, caverna, ciclorama del terremoto de Lisboa, etc. Asimismo era cosa indispensable ver el salon de figuras de cera de Mad. Touseand, en el que se hallan reproducidos con mas ó menos propiedad, pero nunca con mérito artistico, los principales personajes de la historia contemporánea: tambien se enseña allí la Cámara de los horrores, en que están los retratos de los mas célebres criminales, y varios objetos que se supone pertenecieron a Napoleón. Los jardines de Vauxhall y de Cremorne, donde durante la bella estación, se dan bailes acompañados de diversiones ecuestres, iluminación, concierto y fuegos artificiales, y otras muchas *socalinas*, como así mismo la taberna del Águila, los salones de Argille y de Venecia, etc., etc., han sido el *rendez vous* de los extranjeros. sobre todo, ha sido especialmente frecuentado por los franceses, pues además de ser barata la entrada, se bailaba obscenamente, y se hacia burla de la policia, circunstancias estas que siempre interesan en alto grado a dichos señores. Los españoles y alemanes han concurrido especialmente a los dos teatros de ópera italiana y baile, cuyos espectáculos, por la rivalidad de las empresas, han dejado mucho que desear este año, pues salvo alguna que otra celebridad cantante ó coreográfica, el personal ha valido muy poco, considerando el exorbitante precio de los asientos; el decorado no puede competir tampoco con el de los otros teatros puramente ingleses, donde se ejecutan farsas con una magnificencia y aparato de que se tiene poca idea en el continente, sobre todo en los juegos de luz y alumbrado, no tienen rival; pero son muy contados los extranjeros que asisten a estas funciones, y quizá apenas habrá habido media docena de españoles que hayan asistido a la farsa burlesca de la Alhambra ó las Tres lindas princesas, en que se reproduce con una maestría sin igual la vista en panorama del palacio de cristal iluminado por la luna, Dover, el canal de la Mancha, Calais, Paris, los Pirineos, la vega y ciudad de Granada, Sierra-Nevada, interior de la torre de las Infantas, patio y fuente de los Leones, acabando por la bahia de Cádiz, todo esto acompañado de moros, cristianos, combates, danzas, monos, etc. De suerte es, que de los setenta mil extranjeros que han visitado a Londres, quizá no lleguen a tres mil los que han residido mas de un mes; sobre todo los españoles y franceses no han pasado de diez ó quince dias. Algunos ha habido que han llegado, han entrado en el palacio de cristal, han dado una vuelta por el cuadrante del Regente, punto el mas concurrido por la gente desocupada, y a las treinta y seis horas han escapado llenos de terror y de asombro. Nuestros compatriotas han gastado mucho en comprar, pero han sido afamados por su obstinacion en regatear, costumbre desconocida en Londres y que solo tiene lugar en las tiendas de los preñados y demas gente que vende objetos de procedencia dudosa. Como el domingo es dia destinado al culto en este pais, y por consiguiente están cerrados todos los establecimientos, y paralizados los negocios, en terminos que solo durante las horas en que no se celebra el servicio religioso es permitida la venta de comestibles, (á escepcion de las casas de beber para las cuales no concibe un inglés que pueda haber cortapisa ninguna), como por consiguiente el domingo es un dia monotonó y lugubre dentro de la población, pues hasta el repique particular de las campanas tiene algo de doble de difuntos, este ha sido el dia favorito de partida de los extranjeros; de tal manera que habia trenes en los caminos de hierro en que apenas se oia una palabra de inglés, dominando la lengua francesa y alemana. Los visitantes que se resignaban a pasar un domingo en Londres, si se hallaban bien aconsejados, ó convenientemente dirigidos, seguian el impulso de los habitantes indigenas, yendo por el río a cualquiera de los muchos pueblecillos pintorescos situados a orillas del Támesis, y adonde acuden en tropel todas las clases medias, pues por lo regular la aristocrática cabalga y luce sus trenes en las dilatadas calles de Hyde-Park. Los españoles han preferido a

Richmond y su bello parque, á Hampton Court, en cuyo palacio se ven entre otras muchas pinturas los famosos cartones de Rafael, á Greenwich y Blackwall, donde se comen los sabrosos pececillos llamados blanquetes ó *chanquetes*, segun dicen en Andalucía. Tambien Kew y sus bellos jardines, Woolwich y su arsenal han sido visitados por muchos españoles.

Pero en conclusion, ¿cuál es la enseñanza que todo esto ha reportado, ó cuál es el fruto que de todo esto se ha sacado? Los rusos lo han considerado pequeño; los alemanes han reflexionado; los franceses han reido sin comprender; los españoles han admirado; los italianos se han encogido de hombros, y los pobres turcos y egipcios han abierto grandes ojos. ¿Ha ganado la humanidad? el año de 1852 nos lo dirá. ¿Se ha aprovechado la ciencia? Solo los ingleses podrán responder a esto. ¿Mejorarán las relaciones comerciales? hasta ahora solo los franceses se han utilizado de la esposicion universal; quizá les sigan los alemanes. ¿Y los ingleses qué piensan? hablan con entusiasmo del palacio de cristal y sus maravillas; pero le maldicen en su corazón. Los seis millones de almas que han entrado en él, y los cincuenta millones de reales que se han recogido a sus puertas, es un brillante resultado del poder británico, que halaga su amor propio, que los confirma y ratifica como la primera nacion del mundo; pero que les obliga a desarrollar nueva energia, doble genio y perseverancia, para no verse supeditados por un enemigo a quien incautamente han descubierto sus joyas y sus tesoros industriales.

NOTA. El grabado que acompaña a este artículo es copia de una cama de acero presentada por don Tomás Meyne. Este mueble de construcción española ha sido recomendado no solo por la sencillez de su ejecución, sino por el gracioso carácter que aparece en todo el conjunto de la obra. Dice un periódico inglés, que la presente armazón declara el grande adelanto que han experimentado en España las obras de esta especie, y que el palacio de cristal ha contenido una grande y sorprendente variedad en construcciones de igual género.

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (1).

CUADRO V.—¡ANTES QUE TE CASES, MIRA LO QUE HACES!

Desde el punto en que no-vió
el pobre hombre se casó;
la mujer, aunque no-via
supo bien lo que se hacia.

(Salmo primero del miserere matrimonial.)

Dicen que quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje, y que

Tú te metiste
fraile mosten,
tú lo quisiste
tú te lo ten.

El que la hace, que la pague, y antes de estirar el brazo, ver a donde llega el saco; que si á partes contentas no hay juez quereloso, cada cual hace de su capa un sayo, y en agena zaranda, nadie manja. Pero de todos estos refranes y otros muchos que pudiéramos acomodar al mismo propósito, no se desprende que el novio pueda desprenderse de la novia despues que el vicario eclesiástico ha empadronado sus corazones y sus manos, ó sus manos y el libre albedrío, en el libro mayor de casamientos y divorcios. Demasiado cara la paga el que la hace, y por eso el autor de este cuadro dió la voz de alerta a los novios para que viesan lo que iban a hacer, no hiciera el diablo que cuando quisieran verlo fuese demasiado tarde. No está firmado el lienzo; pero se cree con razon que su autor fué un viudo, y aun viudo dos veces; pecado de tenacidad, que salvo los casos de contumacia de algunos que han tenido tres, cuatro y aun cinco fiestas nupciales, es el mayor de los pecados que puede cometer el hombre. Verdad es que semejantes reincidencias matrimoniales, de las cuales nos ocuparemos a su debido tiempo, no tienen nada de extraño, atendida la manera con que algunos comprenden el amor propio. Si fuera posible que los reos de muerte volvieran al mundo, es indudable que se veria á muchos contraer nuevo matrimonio con la pasion del robo ó la del asesinato. Hay cosas que están en la masa de la sangre, como dicen las viejas, y no hay poder humano que baste a sacarlas de allí; el matrimonio es para algunos una de esas cosas, y al marido de profesion no le cura la mania ni la primera mujer que le frie la sangre, ni la segunda que se la abrasa, ni la tercera, en fin, que se la saca gota á gota hasta dejarle chupado y escurrido. Seca la cabeza, seco el corazón, seco el bolsillo, y todo seco menos el amor al matrimonio. Para semejantes seres de la raza humana, el amor no existe en el individuo sino en la especie; ellos no se enamoran de la rubia, ni de la morena, sino de la mujer. La esposa es un mueble sin el cual no pueden vivir, y le reponen ni mas ni menos que las piezas de una bagilla, ó como se repone una capa robada ó rota con otra nueva.

Pero nada de esto se ve en el lienzo que estamos

(1) Véanse los números 102, 103, 104 y 105.

restaurando; aqui no se trata del delincuente que reincide, sino del hombre que va a delinquir; en vez de castigar a un criminal vamos a salvar a un inocente. Y si no a salvarle, porque esto es casi siempre difícil y muchas veces imposible, vamos a batirle la catarata que el amor le puso en los ojos; a desplegar ante su vista el cuadro que no ve el entendimiento, porque hoy le hace sombra el corazón; vamos por fin a decirle:

¡Antes que te cases mira lo que haces!

Aparta esa leve gasa de color de rosa, a cuyo través te enseñan las madres el Paraíso de que vas a gozar viviendo con sus hijas, y verás una pizarra negra como la boca del infierno, en la cual se leen con caracteres de fuego estas aterradoras palabras:

Recibo de inquilinato.—Cuentas de la modista, del confitero, del perfumista, del almacén de música, del longista, etc., etc.—Abono del teatro.—Coches de alquiler.—Médico, comadron y botica.—Gastos imprevistos y.... Alfileres!!!

¡Oh! ¿sabes tú, infeliz candidato, lo que son los alfileres de una mujer casada? ¿Crees por ventura que aporta al matrimonio una fábrica inglesa productora de un millón de alfileres por minuto? ¿Has podido imaginarte que se trata de prenderle la ropa al cuerpo, para lo cual bastaria comprarle por dos ochavos una carrera de esas agujas masculinas? Si tal piensas te engañas, y vamos a sacarte de semejante error, aunque nos cueste hacerlo en latín, para que te sea menos sensible la noticia. Los alfileres de la esposa no se fabrican en otro martinete que en el crisol de la vanidad, donde se derrite el oro del marido.

Minutioribus nobilis Matronæ Sumptibus destinata pencie.

Cuya version literal
puesta en doblones ó escudos
quiere decir; «Cada cual,
«dará a su esposa un caudal
«para los gastos menudos.»

Y si descorrido el velo rosado, la pizarra no te asustase y fueses capaz de leer impávido esas enormes partidas del nuevo presupuesto de gastos que te aguarda, vuelve la vista hacia la puerta y verás los artículos de ingresos con que has de saldar aquellas. Mira, mortal bienaventurado, mira cuantos seres vienen a darte un apoyo negativo en tu desgracia:

El cirujano con un niño en brazos diciendo que aun le queda otro en el cuerpo a tu querida esposa.—Dos nodrizas haciéndole señas para que diga que la parida no puede criar a tus hijos.—Una niñera que se ofrece a enseñarlos a andar al momento.—Un farmacéutico brindándote *viverones*.—El cura párroco que te avisa para que no te descuides en cristianarlo.—Un confitero, que quiere endulzar a tus amigos los dolores de la parida y los de tu bolsillo.—Y un enjambre, en fin, un enjambre de gentes desinteresadas que acuden a verte feliz.

Pero si tal es tu vocacion por el matrimonio, que a pesar de lo que ves, ó de lo que deberias ver, quieres casarte, cierra los ojos y abre los oídos, no para sentir la romanza del *Belisario* que canta al piano tu esposa, ni para oír la serenata con que festejan tu enlace los inveterados profesores de la *Murga*, sino para escuchar la copla con que la nodriza al arrullar el niño, te pide un regalo por el primer diente que le ha de nacer al angelito; para oír el escándalo que te arma el vecino del piso bajo porque no le deja dormir el ruido de la cuna, y finalmente para embelesarte con el llanto del hijo de tus entrañas, cuyo cariño filial es tan precoz que pasa en vela todas las horas en que supone que estás dormido.

Si todas esas delicias matrimoniales no te apartasen del propósito heroico que has hecho; si hubieses empeñado anticipadamente la vista y el oído en poder de tu futura suegra; si no tienes tacto para presentir el frio que has de gozar paseando el niño en las altas horas de la noche; y si por último tampoco tuvieses el usufructo del cuarto sentido para gustar los manjares futuros que te aguardan, cuando la cocinera te diga que no sazónó el guisado por que el niño no quiso jugar sino con ella, ó que no se pone sal en el condimento porque el médico se la ha prohibido a la nodriza, y esta no quiere probar otra comida que la de los señores.... en ese caso prepara el olfato, y calcula el efecto que te producirá el humo del espiago! Dime, ¿qué piensas de ese gas que pasando a traves de la bayeta amarilla, al sahumar los pañales del niño, escitará la tos en tu pecho, pesará sobre tus pulmones, y perturbará tu entendimiento? Responde, pecador, responde, has abdicado los cinco sentidos?...

¡Pero callas!... haces bien; acaso te ries de mi pintura, y crees exagerados los colores de mi paleta... Pues sigue impávido tu camino; llega al templo nupcial, y cuando estés casado dame una cita para contarme este cuadro; ahora déjame que te enseñe mi modelo. Permiteme que acompañe en la capilla al pobre escribiente de loterías Perico Derretido, condenado a la última pena de amor por mi señora su futura suegra, doña Casiana Casariego viuda de Casa Robles. Mirale entrar en el café, avergonzado de ser feliz a los ojos de sus amigos, que inocentes de la heróica resolución que ha tomado, se hallan ocupados en una seria discusión sobre si existe ó no la virtud en las mugeres; ó mejor dicho, acalorados en negarla, a pesar de

que no hay quien se atreva á defenderla. Perico va á ver á sus compañeros por última vez, y no se engaña; quiere dar el postrer adiós á su libertad, y no sabe que le ha de ser demasiado fácil, á pesar suyo, cumplir el propósito. Nunca le ha parecido mas insípida aquella reunión de amigos que en este momento supremo, ¿qué hacen aquí estos hombres? se pregunta á sí mismo. ¿A que vienen á este mundo de la mentira y del escepticismo, donde no se hace otra cosa sino dejar de murmurar del que llega, para empezar á hablar mal del que se marcha? ¿Es posible que aun haya hombres que gocen en calumniarse reciprocamente, y que consuman su vida entre tan frívolos placeres? ¡Oh! ¡por qué habré estado ciego tantos años!...

Así discurre el futuro yerno de doña Casiana, al acercarse á sus amigos que no habiéndole visto en mucho tiempo, le dirigen los mas cordiales saludos. —Bienvenida la oveja descarriada, le dice uno de ellos, y cuéntenos si fué rubia ó morena la virtud que te tuvo engañado este par de meses!

—¿Sacó la pata la desinteresada madre?

—¿A cómo te ha salido un día con otro la virtud de la niña?

—¿Te pidió que la sacases por el gefe político del poder de la madre, ó te preguntó esta el sueldo que pensabas señalar á la virtuosa hija?

—Bravo, Perico, bravo, le dice por fin un amigo, poniéndole la mano sobre el hombro... ¡Eres un valiente! ¡Guerra al matrimonio, guerra! Con nadie están mejor las niñas que con sus madres.

Perico aturdido con las chanzas de sus amigos, conoce que la mejor manera de librarse de ellas es abandonar el café, ¿pero cómo hacerlo cuando ha ido allí decidido á noticiarles su próximo enlace? ¿Y cómo dar semejante noticia á unas gentes que acaban de declarar la virtud como una cualidad negativa en las mujeres? No tendrá una sola opinión á su favor y sufrirá una espantosa derrota! Pero está decidido y no hay remedio. Una sonrisa violenta es la obertura de su discurso; pide la palabra para defender á las mujeres y habla.

El autor de este cuadro no ha sabido copiar ni el semblante de los jóvenes, ni la atención compasiva con que se acercaron á escucharle unos viejos que habian en el velador inmediato.

El orador no se atrevió á sostener que todas las mujeres fuesen virtuosas, por mas que entonces lo creyera así; se contentó con decir que habia algunas y no pocas, cosa que no le fué difícil de probar, gracias á la bondad de la causa que sostenia, y á pesar de su limitada elocuencia. Usó de mil rodeos para hablar la mejor manera de darles la noticia de su matrimonio, sin que produjese escándalo, y viendo que no acertaba de ningún modo, dijo lisa y llanamente que se casaba.

—Mozo, dijo el primero de los jóvenes que se atrevió á mover la lengua, despues que acabó de hablar Perico, traiga vd. un vaso de agua nieve para este caballero, que se le ha subido el amor á la cabeza.

—¿Con qué te casas?... dijo otro de los presentes... ¿te casas?... ¿Y no tiene tu futura ninguna hermana soltera?

—No, contestó Perico.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque me casaria con ella.

—No te burles.

—No me burlo.

—¿Pero sin conocerla?

—Es inútil, supongo que la tuya tendrá una buena educación!

—¡Oh! sí, excelente, contestó cándidamente Perico. —¿Cuántas matriculas ha hecho en el banco de Londres?

—Ninguna, repuso Perico sorprendido.

—¿Tendrá casas en Madrid?

—Tampoco.

—Malo... malo... serán olivares y tierras... eso abunda mucho y vale poco.

—No tiene nada.

—¿Nada?... dijeron á la vez todos los amigos.

—De dinero nada; es pobre, pero honrada y virtuosa.

Las risas y las chanzas de los jóvenes no permitieron que nuestro escribiente continuase el panegirico de la futura, y un viejo de los que habian estado oyendo la conversacion le dijo:

—¿Yaya que algo llevará!

—No señor, nada.

—¿Ni siquiera una madre?

—Si señor, eso sí... su madre que es un modelo de virtud.

—Pues algo es algo, replicó con socarroneria el viejo. Luego ella irá provista de una herramienta... todas las mujeres llevan alguna. Unas llevan la lima, y están siempre gruñendo sordamente; otras la barrena, y nos conecean sin cesar al oido; las hay que manejan el macho y cortan sin piedad, y las que llevan el mazo alborotan á gritos el barrio. Generalmente cada una usa su herramienta, yo tuve la suerte de que mi difunta (Dios la haya perdonado) trajese toda la caja completa. Tan diestra era para usar el mazo como la lima.

—No haga vd. caso, caballero, dijo otro de los viejos; el matrimonio parece una cosa muy seria mientras es novio, y son molestos los preliminares, pero luego... ¡Oh! luego... valiera mas no haber nacido!

Las palabras de los viejos, produjeron gran hilaridad en todos, menos en el pobre Perico que no halla-

ba aire para respirar, y se apresuró á salir de allí bruscamente.

Sus amigos le despidieron con una carcajada, y él entró en su casa mohino y amostazado; pero amando el matrimonio con mas fervor que nunca. Lo único de que se arrepentia entonces era de haber perdido tantos años siendo libre.

Le horrorizaba recordar las palabras de sus amigos, y sin embargo, así las habia oido como ve la religiosa novicia las galas que le presenta el siglo el día en que está embriagada con la idea de confirmar sus votos de reclusion eterna. Esas galas las presenta el diablo tentador mas tarde; como mas tarde tambien llegan á los oidos de algunos hombres casados las obligaciones que contrajeron en un momento de embriaguez.

Perico no podia dormir, y su patrona tuvo la oportunidad de darle á leer una comedia, que arrojó lejos de sí al ver que tenia por titulo este mote:

Antes que te cases mira lo que haces,

6

De los casados nacen los avisados.

ANTONIO FLORES.

CRONICA DE LOS PRINCPES DE ASTURIAS. (1)

POR DON NICOLAS CASTOR Y CAUNEDO.

(Conclusion.)

CAPITULO XXV.

DON FERNANDO DE BORBON Y SABOYA.

La muerte de Luis I obligó á Felipe V á dejar su amada soledad y á empuñar de nuevo las riendas del gobierno. Uno de sus primeros actos de este su segundo reinado, fué mandar se reconociese por principe de Asturias á su hijo don Fernando, habido en doña Maria Luisa Gabriela de Saboya, su primera esposa, y que naciera en Madrid en 23 de setiembre de 1713, lo que tuvo efecto en San Gerónimo el 23 de noviembre de 1724. En el año siguiente pasó como embajador extraordinario á Lisboa el marqués de los Balbases, con objeto de pedir para don Fernando la mano de doña Maria Bárbara de Braganza, la que le fué otorgada, asi como tambien el proyectado casamiento del principe del Brasil, con la infanta española doña Mariana Victoria. Las dobles bodas se celebraron á principios de 1729 en Elvas en presencia de los reyes padres que concurrieron á aquella villa. Terminados los festejos, Fernando con toda la familia real española se dirigió á Sevilla, de donde regresó á Madrid. El 9 de julio de 1746 por muerte de Felipe V ascendió el principe de Asturias al trono de sus gloriosos progenitores. Despues de un reinado tranquilo de catorce años en que protegió la industria las artes y el comercio, y en que España despues de tan prolongadas guerras respiraba el aire benéfico de la paz, murió Fernando llorado de todos en el palacio de Villaviciosa, el 10 de agosto de 1759. Su sepulcro fué erigido en la iglesia de las Salesas Reales de Madrid que él habia fundado.

CAPITULO XXVI.

DON CARLOS ANTONIO DE BORBON Y SAJONIA (el Cazador.)

El heredero y sucesor de Fernando VI fué su hermano don Carlos, rey de las Dos Sicilias. Apenas se verificó el fallecimiento de aquel, partió á Nápoles una escuadra que condujo á España al nuevo monarca y su familia. El 13 de julio de 1760 hizo su entrada pública en Madrid y el 18 del mismo recibió sentado en el trono á los prelados y procuradores de las ciudades de voz y voto en cortes y les manifestó los habia reunido con objeto de que jurasen por principe de Asturias á su muy amado hijo el infante don Carlos Antonio, nacido en Nápoles de su esposa Maria Amalia Walburga, el 12 de noviembre de 1748 (2). En consecuencia al día siguiente se reunieron en palacio los prelados, grandes de España, títulos y procuradores á cortes, y con los reyes, príncipes é infantes, se dirigieron á la iglesia de San Gerónimo, que estaba adornada con ricas colgaduras, y ocupando sus respectivos asientos se celebró por el cardenal arzobispo de Toledo la misa del Espíritu Santo. Terminada esta, el rey de armas mas antiguo reclamó en voz alta la atención de los asistentes para la proposicion y escritos de que iba á darse cuenta, y don Pedro Colon de Larreategui, consejero y camarista de Castilla, leyó las escrituras que espresaban el juramento que S. M. hacia al reino, y el que este debía hacer á S. M., y tambien la escritura de juramento y pleito homenaje que debía hacerse reconociendo principe de Asturias al infante don Carlos Antonio. El rey juró en manos del arzobispo de Toledo y el principe en las del rey. Luego siguieron los infantes don Gabriel Antonio y don Luis Antonio Jaime, el cardenal de Solis, arzobispo de Sevilla, los prelados, grandes, títulos y procuradores, los cuales hicieron el pleito homenaje en manos del duque de Alba mayordomo mayor de S. M., y

(1) Véanse los números 101, 102, 103 y 103.

(2) El hijo primogénito de Carlos III era el infante don Felipe Pascual, que no pudo ser declarado principe por la enagenacion mental que padecia á causa de una inveterada epilepsia.

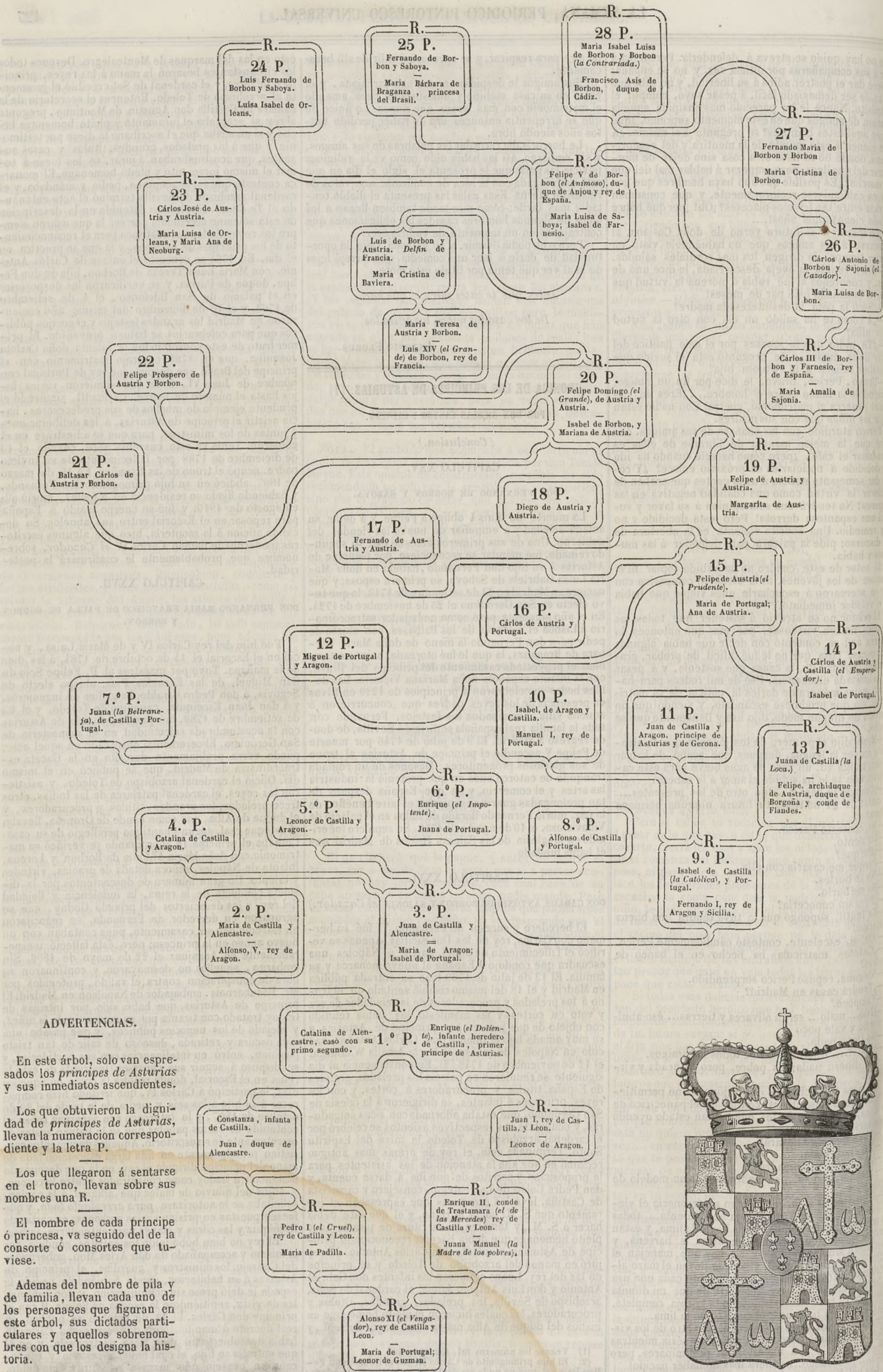
éste en las del marques de Montealegre. Despues todos los circunstantes besaron la mano á los reyes, príncipe é infantes, y el cardenal de Solis recibió el juramento al arzobispo de Toledo. Entonces el secretario de la cámara de Castilla don Agustin de Montiano, preguntó al rey si aceptaba el juramento y pleito homenaje hecho y si mandaba que el escribano lo diese por testimonio, y que á los prelados, grandes, títulos y casas ausentes, que acostumbraban á jurar, se les fuese á tomar el mismo juramento y pleito homenaje. El monarca contestó que así lo aceptaba, pedia y mandaba, y el cardenal arzobispo de Sevilla terminó el acto entonando el *Te Deum*. Nos hemos detenido en la descripcion de esta solemne ceremonia por ser la que usaron siempre los reyes de la raza austriaca para el reconocimiento de los príncipes de Asturias, y la que se practica en el día. En 1764 se concertó el enlace de Carlos Antonio, con Maria Luisa Teresa de Borbon, hija de don Felipe, duque de Parma, y se verificaron los desposorios en el palacio de San Ildefonso, el 4 de setiembre de 1765, y el 10 de diciembre del mismo año comenzaron en Madrid los grandes festejos y regocijos públicos que para celebrarlos se habian prevenido. El primer fruto de este consorcio fué la infanta doña Carlota Joaquina, que en 1785 contrajo matrimonio con el principe del Brasil que despues fué rey de Portugal con nombre de Juan VI, á la que siguieron varios hijos hasta el número de nueve. Carlos III, siguiendo el prudente ejemplo de muchos de sus predecesores, hacia asistir al principe de Asturias, á las deliberaciones y juntas de los ministros, para que se adiestrase en el gobierno. Tenia ya este cuarenta años, cuando el 13 de diciembre de 1788 por fallecimiento de su invicto padre, ocupó el trono de las Españas. En 19 de marzo de 1807, abdicó en su hijo primogénito don Fernando, y habiendo fijado su residencia en Nápoles, murió allí en agosto de 1819, y fué su cuerpo traído á España para reposar en el Escorial entre sus abuelos. Su decidida aficion á la montería, hizo que algunos escritores modernos le llamen Carlos IV el Cazador, sobre nombre que probablemente le confirmará la posteridad.

CAPITULO XXVII.

DON FERNANDO MARIA FRANCISCO DE PAULA DE BORBON Y BORBON.

Fuó hijo del rey Carlos IV y de Maria Luisa, y nació en el Escorial el 14 de octubre de 1784, á las diez de la mañana. Tuvo por maestros al P. Felipe Scio de San Miguel, de las Escuelas Pias, obispo electo de Segovia, á don Pedro Giraldo, brigadier de ingenieros, y á don Juan Escoiquiz, canónigo de Toledo, y el 23 de setiembre de 1789, fué jurado principe de Asturias con la acostumbrada solemnidad en el monasterio de San Gerónimo. El ceremonial observado en aquel acto, puede verse prolijamente descrito en la Gaceta extraordinaria de Madrid, que se publicó en el mismo día. Ofició el cardenal arzobispo de Toledo, y asistieron los reyes, el cardenal patriarca de las Indias, otros trece prelados, los grandes, títulos y procuradores, y el duque de Alba, que como conde de Oropesa, llevaba el estoque real, segun el antiguo privilegio de su casa. Contaba el principe 18 años cuando se verificó su matrimonio con doña Maria Antonia de Borbon y Lorena, infanta de Nápoles, señora dotada de gracias, virtudes y talento. Un gran número de descuentos por la disoluta conducta de la reina, la indolencia y flojedad del rey, y los desaciertos del privado Godoy, que se agruparon en derredor de Fernando, se regocijaron en extremo con su casamiento, pues contaban con un nuevo apoyo en la princesa; pero ésta falleció inesperadamente en Aranjuez el 22 de mayo de 1806. Sin embargo, aquellos no desmayaron, y continuaron su obra de conspiracion contra el valido, protegidos por Mr. Beaucharnais, embajador de Napoleon en Madrid. El principe de Asturias, que habia sido por intrigas de Godoy tratado con tirania por su madre desde la niñez, y alejado de los negocios públicos, y que pasaba una vida oscura y retirada, deseoso de salir de tan triste posicion, entró en inteligencias con sus partidarios, y se dispuso á seguir sus consejos. Instruida de esto la reina en el Escorial, donde residia la corte en aquellos dias, lo participó á Carlos IV, que irritado hizo comparecer á su hijo á las seis y media de la tarde del 29 de octubre de 1807, y le interrogó con aspereza sobre el contenido de varios papeles que se le habian sustraído secretamente de su escritorio. Aquellos documentos consistian principalmente en una larga esposicion toda de mano del principe dirigida al rey, en la que despues de denunciar á Godoy como conspirador contra la corona, y autor del diluvio de males que affligian á la nacion, solicitaba se le autorizase para arreglarlo todo, y que fuesen puestas en prision varias personas; en cartas de Escoiquiz y las cifras y claves para entenderse ambos.

El rey no bien hubo leído los escritos, condujo por sí mismo y acompañado de don Arias Mon, gobernador del Consejo, los ministros y guardias, al principe de Asturias á su habitacion, donde habiéndole pedido la espada le dejó preso sin comunicacion, y con centinelas de vista, repitiéndose la escena de Felipe II con el principe don Carlos. El 30 de octubre se publicó un real decreto ó manifesto en que espresaba Carlos IV habia descubierto un plan para destronarle, y en el que entraba su hijo, al cual habia arrestado y convocaba un consejo que juzgase este gravísimo delito. Poco tiempo permaneció preso el principe de Asturias, pues cometió la bajeza de delatar á sus amigos Escoi-



ADVERTENCIAS.

En este árbol, solo van espre-sados los *principes de Asturias* y sus inmediatos ascendientes.

Los que obtuvieron la digni-dad de *principes de Asturias*, llevan la numeracion correspon-diente y la letra P.

Los que llegaron á sentarse en el trono, llevan sobre sus nombres una R.

El nombre de cada principe ó princesa, va seguido del de la consorte ó consortes que tu-viese.

Ademas del nombre de pila y de familia, llevan cada uno de los personajes que figuran en este árbol, sus dictados parti-culares y aquellos sobrenom-bres con que los designa la his-toria.



ARBOL GENEALÓGICO DE LOS PRÍNCIPES DE ASTURIAS.
Ayuntamiento de Madrid

quiz y el duque del Infantado, el conde de Orgaz y el marqués de Ayerve, culpándolos de haberle sorprendido, y luego escribió dos ridículas cartas al rey y á la reina solicitando el perdón, que le fué concedido. El 18 de marzo de 1808 hallándose la familia real en Aranjuez, se amotinaron los parciales de Fernando y saquearon la casa que el valido tenía en el mismo real sitio. Aquel hubo de presentarse á los alborotadores de orden de los reyes para apaciguarlos, y lo consiguió. A las siete de la tarde del día siguiente recayó en él la soberanía de España por la renuncia del rey su padre, como ya dijimos en el capítulo anterior, y este suceso fué recibido con inesplicables muestras de entusiasmo en toda la nación porque pocos reyes fueron tan queridos como Fernando VII á quien llamaban el Deseado. Sin embargo, cuando ocurrió su muerte el 29 de setiembre de 1833 puede asegurarse no había otro tan generalmente aborrecido. La historia juzgará si merecía serlo.

CAPITULO XXVIII.

DOÑA MARIA ISABEL LUISA DE BORBON Y BORBON.

Al ponerse el sol del día 10 de octubre de 1830 el pueblo de Madrid corría alborozado al alcázar real, pues acababa de saberse que la reina Maria Cristina había dado felizmente á luz una robusta niña. Bautizóse al día siguiente con toda la magnificencia que la corte española sabe desplegar en tales ocasiones, y se la dió el nombre de Isabel que recordaba á la mas grande de nuestras reinas. Desde luego dispuso Fernando VII se le tributasen todos los honores y consideraciones debidas á los principes de Asturias, y la reina solemnizó el primer aniversario de su augusta hija regalando al ejército unas banderas que había bordado. A principios de 1833 se ordenó la reunion de las cortes para la jura de Isabel, y el 20 de junio del mismo año se verificó en San Gerónimo con una pompa y

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD (1).

NOVELA ORIGINAL

DE DON ANTONIO FLORES.

Se ha dicho con bastante frecuencia que el imperio de la novela no existe en España. Si esta, que llamamos suposición gratuita, ha de entenderse por las es-



casas muestras que ha dado nuestra patria en este género de literatura, concedo; pero de esto, á negar que existan aquí capacidades para la combinación de una fábula bien escrita y llena de interés, hay una notable diferencia. La novela puramente española se cul-

que exigen sus laboriosas tareas. Siendo por otra parte tan escaso el número de los escritores de nota que se han dedicado á la novela, y tan superior la serie de literatos franceses que han dado á luz obras de este género con cierta tendencia y notable interés, el público, no ha podido menos que entregarse con decisión y espontaneidad á la lectura que mas cumplidamente le satisfacía.

Este mismo público acostumbrado á saborear ora las bellezas, ora los ingeniosos rasgos... y aun desaciertos de los escritores mas célebres de Europa, leía de vez en cuando una novela española de algun novel literato, sin género, sin instrucción, sin capacidad para la empresa y cuando aparecía una novela con las condiciones de tal, no se tomaba ni aun el trabajo de preguntar el nombre del autor, y recibía con cierta desdénosa prevención una obra notable en su género, pero que era española, y llevaba en sí misma la suficiente calificación para no ser leída. De aquí el desaliento natural del hombre de talento, y la repugnancia manifestada de los editores á la novela nacional, y la justa

preferencia á la novela extranjera por parte del que la lee y la publica.

No falta quien arguya de distinto modo á fin de motivar la escasez en España de producciones de esta clase. Se ha supuesto que nuestra sociedad presente



esplendor sorprendente, y el pueblo español aclamó con entusiasmo á la vigésima octava *princesa de Asturias*. Solo noventa y dos días llevó Isabel tan esclarecido, título pues al cabo de este breve tiempo por fallecimiento del rey su padre, ocupó el noble trono de Pelayo y San Fernando.

N. C. DE CAUNEDO.

tiva poco, porque los ingenios que tienen facultades para popularizar esta clase de escritos dan la preferencia al teatro, y á él se consagran exclusivamente porque ven mas directa y positiva la recompensa

(1) Se ha publicado el tomo primero de los tres de que constará la edición de gran lujo que se está haciendo de esta obra: se halla ya de venta, y los dos restantes lo estarán muy pronto. Los pedidos de provincia pueden hacerse por conducto de los corresponsales del establecimiento.

es poco variada y fecunda en acontecimientos extraordinarios para inspirar esos episodios pomposos y sorprendentes que deslumbran y cautivan la atención de los lectores, como si para dar interés y amenidad á una excelente fábula fuese necesario recurrir á estos extremos que mas que otra cosa revelan pobreza de imaginación: como si no fueran suficientes cuatro paredes blancas y sin muebles, una acción sencilla, verídica y natural, manejada con talento y oportunidad,

á dejar esclavizado el pensamiento del que lee una historia ficticia bien combinada y engalanada con la forma de un lenguaje castizo, armonioso y lleno de sentimiento. Todo esto por lo que toca á la novela de costumbres, pues si nos trasladamos al terreno de la novela histórica ó caballeresca, ¿qué nación cuenta en las páginas de su historia episodios mas dramáticos y mas nobles que la nuestra? ¿Qué nación del mundo puede disputarnos la preferencia en héroes de cierta popularidad, para trazar caracteres de toda especie que presten mayor interés y verdad á la fábula?

Preciso es confesar de paso, que la novela contemporánea no es la invención de puro entretenimiento con que solian distraernos nuestros antepasados; hoy aspira la novela á un fin mas alto; no solo á interesar, sino que procura ejercer la influencia mas directa en el ánimo de sus lectores, demostrando en su esencia un resultado filosófico y saludable en favor de la humanidad: se propone patentizar el frecuente contraste de la virtud y el vicio; despoja con notable destreza la máscara con que se cubre á menudo la hipocresía, corrige los errores en que incurre la sociedad, y lo mismo el poderoso magnate que el mas humilde pordiosero, descuellan en este ameno campo con igual fuerza de luz y colorido.

Tan verdad es esto, cuanto que tenemos ejemplos palpantes todavía de la influencia que ha ejercido la novela sobre los destinos de una nación. Pero tambien es verdad, que para el logro de este resultado han existido dos circunstancias muy esenciales de las cuales carecemos nosotros hasta ahora. La primera es la afición extraordinaria que han desplegado otros pueblos por la lectura; la segunda, que los hombres destinados á propagar sus doctrinas bajo una forma amena y entretenida, fueron siempre capacidades de primer orden que explotaron oportunamente la tendencia de sus numerosos admiradores y coaligados. ¿Aventuráramos demasiado si dijésemos que *El Judio Errante*, *Los Misterios de París*, y otras muchas obras de igual género, han sido los primeros cimientos que formaron el edificio de la última revolución francesa? Los que den su asentimiento á este parecer mio creo que no pondrán en duda la importancia de la novela.

Fé, Esperanza y Caridad. Bajo este epigrafe evangélico ha visto la luz pública no hace mucho una excelente novela original de don Antonio Flores. Este es un libro que indudablemente formará época en los fastos de nuestra moderna literatura, no solo por el interés progresivo que inspira su asunto, sino por la filosofía que campea en el conjunto de la obra. En esta novela se notan caracteres variados y perfectamente desarrollados; están demostradas con singular destreza las infinitas pasiones buenas y malas que ofrece el gran cuadro de la vasta humanidad. Cada personaje de la fábula es un tipo especial, diferente entre si: todos marchan de consuno al mismo objeto, pero por vías estrañas; todos ellos cautivan la atención del que lee; este nos inspira compasión; aquel nos inspira odio; estotro nos inspira recelo; todos, en fin, nos interesan: ora aplaude el corazón un proceder virtuoso y humanitario; ora vitupera con encono cierta acción villana y traidora; mas con el objeto de calmar estas distintas afecciones, el autor deja pendiente por algun tiempo el hilo de la interesante historia, y nos intercala con la debida oportunidad un episodio doctrinal, donde resalta aquella natural jovialidad en la cual se ha demostrado siempre el señor Flores tan ameno como ingenioso.

El señor Flores ha patentizado tambien en su obra un cabal conocimiento del corazón humano; y las mas veces ha penetrado en un terreno tan delicado de suyo, donde un escritor de menos talento hubiera indudablemente fracasado. Se hace notable esta novela por la fecunda variedad de su forma, por el tránsito de unos afectos á otros, y por la verdad que se observa en todo el conjunto de los sentimientos de sus distintos personajes. La evangélica mansedumbre con todas sus saludables consecuencias; la constancia de un alma sensible y resignada; la decisión, la espontaneidad de un corazón enérgico que obra sin analizar, guiado únicamente por sus nobles y desinteresados instintos; la coquetería, la suspicacia mugeril; la existencia indiferente á todo lo que no le atañe de cerca; la condicion astuta, casi siempre encubierta bajo un velo místico que oculta y hasta acaricia el crimen; la avaricia con todos sus perniciosos resultados... Hé aquí en globo el origen, el manantial de donde surge ese cúmulo de infinitas pasiones que animan y embellecen el cuadro de costumbres contemporáneas que tanto caracteriza la obra en cuestion.

Y ahora que hablamos de costumbres ¿quién mejor que el señor Flores podria acometer la espinosa tarea de presentarnos con la debida animacion una serie de tipos especiales, y que sin embargo existen realmente en la naturaleza? El autor de *Fé, Esperanza y Caridad*, penetra con igual seguridad, lo mismo en la residencia del mas rico potentado, que en la miserable boharedilla del último menestral. Con el mismo tino y acierto que describe al hombre elevado que se distingue por su brillante educacion, describe al hombre tosco que se hace notar por la rudeza de sus bajos principios. ¿Y cuántas veces halla en este último ser las buenas cualidades que debian desollar en el primero para consuelo de la sociedad! Pero una de las principales bellezas que deben aparecer en una obra de ciertas pretensiones es la verdad, y el autor de la produccion que analizamos, se encontraba, mas que otro alguno, en el caso de no calumniar la naturaleza, sino de presentarla tal como es.

El señor Flores ha tenido que luchar con una circunstancia que no dejaria de presentar escollos á otra pluma menos capaz. En el momento de escribir su libro ha visto la sociedad bajo un punto de vista excepcional, si se quiere transitorio; pero que no por eso deja de obstaculizar las mas aventajadas disposiciones. Las costumbres de nuestro pueblo no están decididas en la actualidad; los tipos que pocos años antes eran puramente españoles, aparecen hoy bajo una forma dudosa, y por consecuencia no marcan de una manera cabal aquel carácter de especialidad con que solia distinguirse en todas sus acciones. Sin embargo, don Antonio Flores, á quien todos conceden un profundo conocimiento de las costumbres de su pais, lejos de encerrarse estrictamente en el reducido espacio de lo que ve de presente, ha sabido con singular acierto prever lo que será esta sociedad en lo futuro, y por consiguiente ha dado mayor ensanche á su pensamiento, combinándole de manera para que su obra sea en todo tiempo un verdadero reflejo, no solo de la sociedad, sino de la humanidad, que deba estudiarse y analizarse hasta con sus mas insignificantes pormenores. Por lo tanto, la novela titulada *Fé, Esperanza y Caridad*, no es una de esas infinitas concepciones que acoge el capricho, la moda ó la frivola superficialidad; no es una obra que nace para espirar al momento, sino que por el contrario, vivirá largo tiempo y será indudablemente un legado estimable para los que deseen en lo sucesivo saber con exactitud lo que pasaba, lo que pasa y lo que pasará en el vasto recinto de una sociedad llena de pasiones de este ó aquel género, segun lo dicte el imperio de fatales circunstancias. —Es verdad que las pasiones son siempre las mismas, porque siempre existen los mismos hombres que las sustentan; pero tambien es cierto que cada siglo que trascurre constituye un periodo particular que no tiene punto de contacto con los que han finado; en todos ellos dominaron mas ó menos directamente las pasiones; pero las de este ó aquel género sobresalieron de los demas. —El estudio de la historia nos hace ver con frecuencia que unas veces aparecieron los hombres bajo un aspecto de siniestra rudeza, y sus pasiones eran fuertes, violentas, marcadas con el sello de la mas funesta estupidez. Vino en pos el heroismo caballeresco, y aquí las pasiones humanas fueron belicosas y produjeron levantadas acciones en medio de vituperables desaciertos. Presentóse en seguida el clero con toda su influencia, y la sociedad se hizo enteramente monacal, y de sus pasiones puramente eclesiásticas, nació la hipocresía. Los siglos continuaron experimentando estas diferentes alternativas, hasta que las revoluciones sociales fueron modificando la humanidad á punto de indicarle esta ó aquella senda, y las costumbres participaron de aquel carácter de homogeneidad á que aspira la naturaleza desde su origen.

Ocioso es manifestar el vicio dominante de nuestra época actual. Don Antonio Flores, despues de haber recorrido el gran lienzo donde están retratados todos sus contemporáneos, ha hecho de ellos el analisis mas profundo, y los ha dado á conocer, no con el deslumbrante barniz que encubre sus defectos, sino con su verdadero colorido.

Creo haber dicho lo bastante acerca del objeto que se ha propuesto el autor al emprender su trabajo; su propósito culminante y esencial está demostrado. De su forma literaria, solo resta añadir que la obra se distingue por su ameno y armonioso lenguaje. Sus descripciones son concisas, y sin embargo, nada omiten. El diálogo es animado y ofrece el mayor interés; cada personaje habla segun su categoria, su posicion social y conforme á sus antecedentes.

Esta novela empezó á publicarse en los folletines del periódico titulado *La Nación*; la justa acogida que dió el público desde un principio á esta obra, decidió á su editor á publicarla por tomos, y últimamente, en vista de la popularidad que llegó á alcanzar, nuestra augusta soberana la patrocinó, y proporcionó á su autor los medios de emprender una publicacion de la misma con el mayor lujo, y de esta manera corre de mano en mano cada vez mas estimada y agasajada por sus numerosos lectores. La impresion es clara y hermosa; de sus grabados presentamos tres para que el público pueda juzgar de los demas. Recomendamos como es debido la obra del señor Flores, y deseamos vea la luz pública otra del mismo autor, y que corra tan buena y próspera suerte como la que acabamos de analizar.

Reciba don Antonio Flores nuestro mas sincero parabien, á quien creemos suficientemente estimulado para escribir otro libro que cimente y arraigue mas todavía su ya asegurada reputacion.

I. A. BERMEJO.

SIGISMUNDA Y GUISCARDO. (1)

LEYENDA DEL SIGLO XIII.

II.

EL SUBTERRANEO.

(Conclusion.)

Guiscardo no pudo continuar porque sufría terriblemente, tenia junto á sí á la que tanto tiempo habia

(1) Véanse los números 104 y 105.

adoraba en su corazón: ¿pero cómo atreverse á confesarlo? ¿Y si sufría una repulsa? ¿Y si la princesa le echaba en cara la distancia que la separaba de un simple aventurero? Si la luz, que apenas permitia distinguir los bultos estando casi al contacto, hubiese sido mas clara, las esplicaciones hubieran terminado mas pronto, porque sus semblantes manifestaban su pasión: Guiscardo estaba pálido y desencajado, sus labios de un color morado mate se agitaban convulsivamente, y luchaba entre la esperanza y el temor; Sigismunda por el contrario estaba encendida, sus facciones respiraban voluptuosidad, sus ojos brillaban de alegría esperando que su nombre se articulase entre los labios de su amante.

—Continuad, le dijo, ¿por qué callais? ¿No os atreveis á pronunciar su nombre? Decidlo, yo os lo mando.

—Princesa, perdonadme... y cayó á sus pies de rodillas, sin poder articular palabra. Sigismunda tomó entonces entre las suyas la mano del jóven, que temblaba convulsivamente, y estaba bañada de un sudor frio: conocia muy bien lo que pasaba en el corazón de Guiscardo, pero necesitaba que éste le confesase su amor, ansiaba oirlo de su boca, y con tono imperioso pero dulce le dijo:

—Levantaos; pero recordad que habeis jurado no ocultarme nada. Necesito saber á quien amais, y es fuerza que pronuncieis su nombre.

—Sigismunda, perdonadme... dejadme morir á vuestros pies... pero no me culpeis... vos lo exigis... y vos... vos sois ese ángel á quien adoro.

La jóven princesa cogió con ansia entre las suyas la mano del jóven y la aplicó sobre su corazón.

—¡Ah, Guiscardo! exclamó, ya lo sabia, ya vuestros ojos me lo habian dicho, y yo tambien os amo... ¿No ois los latidos de mi corazón?... ¿Mis ojos no os habian dicho que os amaba?...

La felicidad embriagaba á los dos amantes; Guiscardo cogió una de las blancas y delicadas manos de la jóven princesa, y aplicando á ella sus labios secos y ardientes, la bañaba con sus abundantes lágrimas; Sigismunda desfallecia, y echó sus brazos al cuello del jóven: su felicidad no podia ser mas completa.

Largo tiempo duró este deliquio amoroso, en que los labios de ambos amantes habian enmudecido; pero sus almas se embriagaban de un placer, de una dulzura inesplicable. Ninguno se atrevia á romper aquel silencio tan significativo: pero las horas se deslizaban con rapidez, y Sigismunda recordó que podria notarse su ausencia.

—Guiscardo, le dijo haciéndole salir de aquella dulce enagenacion; nuestra suerte se ha unido para siempre, el cielo solo ha sido testigo de nuestro amor y de nuestras protestas; y esta mansion lúgubre y tenebrosa, el templo donde se ha verificado nuestro himeneo. A vista del mundo, mientras mi padre viva no podré darte el titulo de esposo; pero Dios recibirá nuestros juramentos en tanto que llega el dia en que la iglesia los sancione; hoy seria temeridad intentarlo porque la menor imprudencia, el mas leve descuido nos acarrearía la muerte. Mi padre, llevado de un amor frenético y mal entendido, me arrancó un juramento solemne, me hizo prometer que nadie sería mi esposo mientras él viviese, y celoso como un amante que teme verse suplantado por un rival, acecha todas mis acciones, y no perdonaria nuestra union si llegase á descubrirla. Tus ojos, pues, se han de privar de hallarse con los míos: este oscuro subterráneo, cuya existencia yo sola conozco, es el único parage donde podremos hablarnos. Has de entrar en él y salir siempre de noche; yo, solo podré visitarte por el dia, porque no puedo separarme de las damas que velan junto á mí durante el sueño. Adios, esposo mio, el cielo bendiga esta union que él mismo ha preparado, de tu prudencia y la mia depende nuestra felicidad: procuremos conservarla.

Otra vez los brazos de aquellos amantes felices volvieron á enlazarse, y un momento despues, Sigismunda habia desaparecido en la densa oscuridad del largo subterráneo. Guiscardo tuvo que esperar hasta la noche; pero aquel tiempo ya no era el que lleno de dudas y ansiedad le habia agitado la noche anterior; ahora se ocupaba de su felicidad, y aquella cueva horrible le parecia el vergel mas delicioso y ameno.

III.

CRUELDAD HORRIBLE.

Mucho tiempo habia transcurrido desde la entrevista del subterráneo, y los dos amantes gozaban las delicias del amor, sin que nada alterase su felicidad. La princesa tenia tan estudiadas las horas, aprovechaba con tal exactitud los ratos en que su padre no podia buscarla, media con tal puntualidad los minutos, que nadie se apercibió de sus salidas, y la puerta que conducía á la cueva quedó iguorada como siempre. Ambos estudiaron su disimulo en público con tanta destreza, que nadie les sorprendió una mirada, nadie pudo traslucir su amor.

Mas eran demasiado felices, y la fortuna se cansó de protegerlos. Sigismunda, cuando tenia completa seguridad de que Tancredo no habia de venir á su aposento, acostumbraba á introducir en él á Guiscardo. Una tarde el príncipe de Salerno estaba ocupado en un gravísimo negocio; Sigismunda que estaba en todos los secretos de su padre, aprovechó esta ocasion. Mandó á sus damas que fuesen á divertirse al

garden, y que no volviesen á buscarla hasta que ella satis- fuese, porque queria descansar. Cerró su gabinete, en- tornó las ventanas y corrió en busca de Guiscardo, que la esperaba en el subterráneo.

Por una fatal casualidad, Tancredo suspendió el asunto de que se ocupaba; y aunque jamás acostun- braba á visitarla á aquella hora, por la comunicacion interior pasó al gabinete de su hija, apenas ésta habia salido. Llamó su atencion el estar cerradas las ven- tanas, creyó que su hija estaria indispueta, y se acercó á su cama. Vió que no estaba en ella, y recordando que le habia dicho bajaria al jardin, y hallándose algun tan- to fatigado, se resolvió á esperarla. Se sentó en un si- lion dentro del mismo dormitorio de su hija, pero en tal disposicion, aunque casual, que una de las colga- das de la misma cama le ocultaban absolutamente. El silencio y la poca luz que habia en la habitacion no tardaron en darle sueño, y ya comenzaba á dormir- se, cuando le pareció oír la voz de un hombre que en- traba en la estancia. Su primer impulso fué levantarse y gritar; pero oyó pronunciar á su hija palabras amo- rosas, sospechó lo que realmente era, y determinó per- manecer oculto, para oír y ver por si mismo la realidad de su deshonra.

Sigismunda y Guiscardo, muy agenos de sospechar el fatal testigo que los escuchaba, se entregaron li- bremente á sus coloquios de amor. Entretanto Tancre- do sufría detrás de la cortina el mas horrible suplicio. Su hija, aquella hija á quien tan locamente amaba, se burlaba de su juramento, y se entregaba á un hombre faltando á su honor. El se veia precisado á ser testigo mudo de su deshonra sin poder evitarlo; si hablaba, su hija se interpondria entre él y su amante y favore- ceria su fuga: si callaba, podria marcharse sin cono- cerle, y Sigismunda jamás le descubriría. Pero re- solvió esperar; devorado por los celos mas rabiosos, casi ahogado por la cólera, deseaba con ansia escu- char alguna palabra por donde pudiese inferir el nom- bre del amante de su hija, á quien lo oscuro de la ha- bitacion no le dejaba conocer. Desgraciadamente la princesa al despedirse pronunció el nombre de Guis- cardo, ignorando que al nombrarlo fulminaba su sen- tencia de muerte.

Tancredo, aprovechando aquel momento en que su hija fué á despedir á su amante, salió por la comuni- cacion secreta sin que nadie lo notase. Al momento dió las órdenes mas terminantes para que se cercasen todas las salidas del palacio, se interceptasen todos los caminos, y se prendiese al oficial Guiscardo do quiera que se le hallase; y sin permitirle hablar con nadie fuese conducido á su presencia. En seguida se metió en su gabinete, cerró todas las puertas, y dió orden para que á nadie se le permitiese verle, ni aun á su hija, cerrando tambien la comunicacion interior del cuarto de ella con el suyo; encargando muy estre- chamente le avisasen cuando Guiscardo estuviese ya en palacio.

Sigismunda, luego que se separó de su amante, fué al jardin á unirse con sus damas, donde perma- neció hasta la hora acostumbrada de ver á su padre. Grande fué su admiracion y sorpresa cuando le dieron la orden de que no podia verle. Corrió á la comunicacion interior, y aunque desechó la llave, la puerta estaba fuertemente cerrada por la otra parte. Dió voces, lla- mado á su padre, pero inútilmente; Tancredo no contes- tó, ni en su cuarto se percibía el menor ruido. Jamás se habia tomado una precaucion semejante; el prínci- pe, aunque se tratasen los mas áridos negocios, ja- más habia impedido que su hija le viese; por conse- cuencia algun acontecimiento extraordinario habia ocurrido. Pero Sigismunda preguntaba á todos, y na- die sabia nada; hacia mil conjeturas pero se perdía en ellas sin encontrar la causa del repentino y extra- ño proceder de su padre, y ni aun remotamente pudo sospechar la tempestad horrible que rugia sobre su ca- beza, y de cuyo rayo iban á ser victimas ella y su amante.

Guiscardo apenas cerró la noche, salió de la cue- va, atravesó como siempre la espesura del bosque, y al salir al camino se preparaba á desnudarse el vesti- do de cuero, cuando fué sorprendido por los soldados de Tancredo, que en aquel mismo trage, y sin permi- tirle hablar una palabra, fué conducido á palacio.

Aviado el príncipe de la prision del joven oficial, mandó que maniatado le trajesen á su presencia, y á una señal suya se retiraron todos los demas. El aspec- to de Tancredo inspiraba al mismo tiempo horror y compasion; sus largos cabellos canos estaban en com- pleteo desorden; sus ojos, que indicaban haber der- ramado muchas lágrimas, estaban encendidos y ro- deados de un cerco cárdeno muy marcado; su frente mas arrugada que de ordinario; sus facciones contra- das, sus labios descoloridos y trémulos, revelaban su cólera feroz; al paso que su alta talla algo encorvada, su color livido, y su cuerpo abandonado en un ancho sillón, indicaban su grande abatimiento producido por lo que interiormente padecia. Apenas quedó solo con Guiscardo, cuando levantándose con furor le dijo.

—Infame y mal nacido joven, vos me habeis des- honrado; pero vuestra sangre inmunda lavará la man- cha afrentosa que habeis impreso en mi frente. Habeis seducido á mi hija, yo os he visto entre sus volup- tuosos brazos; no lo negareis. ¿Es este el pago que vuestra alma vil ha preparado á los beneficios de que os he colmado? ¿Así recompensa vuestra negra ingra- titud, el que de un simple aventurero os haya eleva- do al rango de oficial de mi guardia? Contestad si te- neis algo que alegar en vuestro abono, y preparaos á

sufrir la muerte mas cruel, porque solo ella podria sa- tisfacer algun tanto mi cólera y mi honor ofendido. Hablad pronto, porque vuestra presencia me es inso- portable, despachaos....

Guiscardo, aunque pálido por el efecto que causaba en él tan fiero é inesperado golpe, conservaba sin em- bargo todo su valor y presencia de ánimo.—Príncipe, le contestó con voz firme, ni trato de aplacaros, ni de sincerarme. Amo á Sigismunda, que hace ya tiempo es mi esposa, y soy correspondido por ella con un amor tan firme, que ni la muerte podrá separarnos. Tirano con vuestra propia hija, insensible á su her- mosura y sus lágrimas le arrancásteis un juramento, que ha quebrantado por mi amor; á él ofreceré gus- toso el sacrificio de la muerte con que me amenazais, y que desprecio. Aprovechando las ventajas de vues- tra posicion y las ataduras que embargan mis manos llamais infame, mal nacido, é ingrato al descendiente del valeroso Roberto Guiscardo, tan noble aquel como vos. Yo os perdono tan groseros insultos porque vues- tro furor os embriaga; porque sois el padre de la que adoro con todo mi corazon. Ahora mandadme asesinar. Vuestra hija.... ¡Ah, estoy cierto!.... me acompa- ñará al sepulcro.... saciareis vuestra cólera, os ven- gareis, pero sereis el verdugo de vuestra hija.

Tancredo bramaba de furor, las palabras del joven habian acabado de inflamar su cólera y de ofuscar su razon, hacia esfuerzos para hablar, pero su lengua se habia pegado al paladar, y solo podia rugir como una fiera, sufría horrorosamente: por fin pudo llamar, y á una señal suya los soldados volvieron á apoderarse de Guiscardo, que cargado de cadenas fué encerrado en una de las torres del palacio.

A pesar del sigilo con que todo se habia practi- cado, la princesa llegó á comprender la prision de su amante, y sus primeros desvelos fueron buscar medios de librarle del furor de su padre; pero bien pronto fué conducida á su habitacion y rodeada de centinelas que la impedian salir y que tenian la mas esquisita vigilan- cia. Conoció entonces todo el horror de su desgracia, y comprendió que su padre, oculto en su gabinete habia sido testigo de su amor. Conocia muy bien su carácter inflexible y feroz, y no dudó un momento de la muerte del infeliz Guiscardo, á quien ya no volveria á ver. Esta idea apuró su valor y sus fuerzas, cayó al suelo aco- metida de una convulsion terrible, á la que sucedió una postracion larga y fatigosa.

Los tres actores del drama horrible que iba á re- presentarse pasaban separadamente una noche cruel y espantosa; y las reflexiones y accesos á que cada uno se habia entregado ahuyentaron completamente el sue- ño. Guiscardo, sin acordarse de la muerte que iba á sufrir, se despedía de su amada Sigismunda, á quien no habia de volver á ver sino en el pais eterno de la verdad. Tancredo, devorado por el furor y los celos, discurría medios de vengarse horriblemente del joven, y de aterrar á su hija para el porvenir: y Sigismunda poseida de aquel valor exagerado que en las almas de gran temple sigue á la pérdida de toda esperanza, es- taba abatida en su fisico, pero su alma llena de ener- gía, esperaba de un momento á otro la nueva del su- plicio de su idolatrado amante.

No bien comenzaba á anunciarse el dia, apenas los primeros rayos del sol doraban suavemente los altos capiteles de palacio, la princesa se levantó, y esperó con valor la lucha cruel que le esperaba. No tardó en oír el ruido de la llave que sepeaba su aposento del de su padre, y que sonó en sus oídos como el estam- pido del trueno precursor del rayo. Tancredo se pre- sentó ante su hija; y esta sintió en todo su cuerpo la horripilacion del hombre estraviado en el monte á vis- ta de la fiera que amenaza devorarlo. Bajó los ojos con espanto y esperó que Tancredo hablase.

—Hija cruel y desnaturalizada, le dijo con voz ron- ca; tú has amargado los últimos momentos de mi vida; tú has manchado esta frente que se levantaba orgullo- sa y pura; tú has arrojado sobre ella la mancha asque- rosa del deshonor.... y á pesar de tamaño crimen, aun te amo.... si, estoy convencido de que un seductor in- fame, un hombre indigno te ha inducido á un crimen tan horrible: pero su castigo está ya decretado, y so- lo vengo á que procures sincerarte; á que me des una satisfaccion de la ofensa que has cometido contra mi amor paternal, y contra mi nombre ilustre.

—Señor, contestó la princesa, si esperais que os su- plique ó me disculpe, os equivocais: lo primero seria inútil, porque os conozco; lo segundo seria faltar á la verdad. Guiscardo no es ni seductor ni infame; le amé y le juzgué digno de mí porque es noble y virtuoso. Vos me cerrásteis la senda del amor, el cielo me abrió un camino oculto, por él le busqué, le dí mi corazon y mi mano, y Dios, único testigo de nuestra union, la bendijo. Si hay alguna culpa en lo que llamais vuestra deshonra, mia es, no de Guiscardo. Ya sabeis la ver- dad, ahora no os suplico que seais clemente, pero sed justo; lavad esa afrenta con mi sangre, que soy la única culpable.

—¡Cruel! ¿te complaces en multiplicar tormentos so- bre mi corazon? ¡A la deshonra añades tambien el in- sulto! ¡Infeliz! ¿Ignoras que tu vida y la de tu pérfido amante están en mi mano?

—El convencimiento de lo que acabais de decir, es lo que me hace hablaros de este modo. Conozco vuestra inflexibilidad, sé que Guiscardo y yo nos uniremos muy pronto en el sepulcro; pero vos sufrireis un tor- mento mucho mas horrible; el de vuestra conciencia.... porque vos, vos solo sois el autor de vuestra deshonra.

—¡Cómo!.... ¡yo!....

—Si, vos me arrancásteis un juramento indiscreto, vos quisisteis sacrificar mi juventud, mi hermosura, vuestra posteridad, á una idea insensata y frenética; vos me negásteis un esposo, yo me lo he buscado y del cual nadie es bastante poderoso para separarme.

—¡Oh! dijo Tancredo con una espresion horrible, lo seré yo, no lo dudes; tú no volverás á los brazos de tu amante.

—Os engañais, dijo con amarga sonrisa, vuestro po- der no alcanza á romper los lazos que nos unen.

—Los romperá la muerte.

—Esa no alcanza al alma, y las nuestras irán unidas á la eternidad.

—¡Ah! no, no mancharé yo mis manos con tu san- gre; pero la del pérfido lavará mi afrenta.

—Mi vida y la de Guiscardo son una misma; no he- ríreis al uno sin que el otro sucumba.

—¿Con que desafiáis mi justo furor?

—Al menos no le temo.

—Pues bien, mi partido está decidido irremisible- mente respecto á ese joven, de ti trataré mas tarde.

Tancredo volvió la espalda bramando de furor, aun- que admirado del extraordinario valor y entereza de su hija; pero su energía, su confesion franca, su marcada desesperacion en nada cambiaron su determinacion, no mitigaron su furiosa sed de sangre.

Pocos minutos despues de haberse separado de su hija entró Tancredo en la prision del joven oficial pre- cedido de los verdugos. Mandó que le ahogasen y le arrancasen el corazon; Guiscardo sintió al momento los cordeles que estrechaban su garganta al impulso de cuatro nervudos brazos, que tiraron con tal violencia, que apenas tuvo tiempo de pronunciar el nombre de su amada. Mientras los dos verdugos le ahogaban, otros dos rasgaban su noble pecho y arrancaban aquel corazon, que con tanto ardor habia palpitado por Si- gismunda, y lo pusieron en manos de Tancredo.

Este sintió una alegría feroz al ver entre sus ma- nos el corazon que Sigismunda habia preferido, y como el tigre que se saborea en la sangre de la víc- tima que acaba de devorar, lo examinaba con deten- cion hasta llegar á su aposento.

En una de las mesas estaba preparada una riquísi- ma taza de oro esmaltado guarnecida de finisimas pie- dras, colocada en una gran bandeja del mismo metal y gusto. El feroz príncipe colocó en ella el corazon de Guiscardo, cubrió la taza y llamó á uno de sus criados.

—Id, le dijo, y entregad á la princesa de mi parte este regalo, diciéndola: *Vuestro padre os perdona la ofensa que le hicisteis en lo que mas amaba, y en se- ñal, os envia lo que mas amais.*

Aunque Sigismunda no dudó que Guiscardo seria prontamente sacrificado al furor de su padre, jamás pudo imaginar crueldad tan inaudita. Se preparaba á encargar á una de sus damas averiguase la suerte de Guiscardo, cuando se la anunció una embajada de Tan- credo. Mandó entrar al criado y oyó con serenidad su mensaje; llegó á la taza, la descubrió, y al ver lo que contenia, dió un grito horrible y cayó sin sentido en brazos de sus damas, que se apresuraron á socorrerla. Conducida á su cama, permaneció mucho tiempo en este terrible vértigo; mas al recobrar su sentido, se habia verificado en su interior una completa revolu- cion. Del mas acerbo dolor habia pasado á la desesperacion mas horrible y fria. Se levantó con dignidad, su mirada era incierta y vagorosa, sus facciones esta- ban extraordinariamente descompuestas. Hizo un es- fuerzo para hablar, y dijo al mensajero:

—Decid á mi padre, que sé me ha amado siempre con delirio; pero que con este riquísimo don, me ha dado la última y mas segura prueba de su afecto: que le doy las mas rendidas gracias por haber pre- parado un sepulcro digno á este corazon. ¡Ah, mi padre lo ha comprendido, este corazon merecia un sepulcro de oro!

El mensajero salió; las blancas y convulsas manos de la princesa asieron con ansia el corazon aun palpi- tante; la sangre corria entre sus finos y contornea- dos dedos; le aplicó á sus labios descoloridos, le besó repetidas veces, y abundantes lágrimas corrian por sus hermosas mejillas á unirse con la sangre que destilaba el corazon.

—¡Oh centro de mis delicias! exclamó ¡Oh albergue puro de mi amor! ¡Yo te saludo, yo te ofrezco el últi- mo obsequio!... mis lágrimas... si, lágrimas de ternu- ra, de amor! No, tu esposa no teme, no llora de mie- do.... ¡ah, es valiente como tú!... Pero rinde este ho- menaje á tu ternura.... faltaba este requisito en tu fu- neral, las lágrimas; ya tu esposa las ha derramado....

De repente sus ojos quedaron enjutos, y parecian salirse de sus órbitas; Sigismunda tenia todo el aspec- to de un frenético; miraba con fijeza el corazon y lo estrechaba entre sus manos con violencia.

—Pero qué (continuó despues de un corto silencio) ¿te vas? ¿Adónde?... á la eternidad.... ¡ah, aguarda!... tú no puedes ser feliz sin mí... ya te sigo.... yo te prometí que jamás nos separaríamos... y voy... si, voy á unirme contigo... ¡Ah, qué placer, tu alma me aguar- da!... la veo.... si, aquí... aquí está... ya te sigo....

Entonces con una rapidez que nadie pudo impedir sacó de su pecho un pomo de veneno y le apuró con ansia convulsiva. En seguida arrojó al suelo el pomo, corrió á su cama, se dejó caer en ella, y apretó fuertemente contra el suyo el corazon del desgraciado joven.

Las damas que la asistian comprendieron la des- gracia que no habian podido evitar, y corrieron á avi- sar á Tancredo, que solo en su gabinete meditaba so- bre la fria respuesta de su hija, y discurría medios de

Principio y fin.—Escenas de costumbres.



Cuando joven.



Cuando vieja.

volver á obtener su cariño. Corrió al momento á socorrerla, y al llegar oyó que su hija pronunciaba estas palabras:

—¿Ves, querido? Ya estamos unidos.... él quería separarnos.... ¡Ah el cielo le maldice!... ¡Oh, que horrosamente sufri!... ¿No le ves, Guiscardo?... á nuestro verdugo.... si él es.... mira, mira como padece.... y nosotros somos tan felices.... quería separarnos....

Una carcajada horrible siguió á estas palabras. Tancredo se arrojó sobre su hija:

—¡Sigismunda, Sigismunda! gritó, soy tu padre. Los ojos de la princesa ya no veían, ya estaban cubiertos del cristal de la muerte, pero rechazó con violencia á su padre.

—¡Ah! quiere separarnos.... aun vuelve.... ¡Guiscardo!... ¡Guiscardo!... defiéndeme.... nuestro verdugo.... él.... pero no puede.... y llora....

En efecto, Tancredo inmóvil había olvidado su furor y lloraba como un niño, ya hubiera querido antes derramar su sangre que ver morir tan horriblemente á su hija única, pero su arrepentimiento era tardío: el veneno se había apoderado de Sigismunda, las convulsiones horribles que sufría hacían rechinar la cama, y su voz ronca solo murmuraba algunas palabras incoherentes. Sus últimos momentos fueron espantosos, y las postreras palabras que se le entendieron repetían: Guiscardo.... el verdugo.... nuestro asesino.... quiere se....

La muerte cortó la última palabra, Sigismunda había dejado de existir. Tancredo horrorizado de sí mismo, á vista de la horrorosa obra de su furor cayó al suelo revolcándose y bramando como una fiera. En mucho tiempo no recobró su razón, ni se le oían mas palabras que las últimas de su hija: el asesino.... nuestro verdugo.... Lo restante de su corta vida fué una espion, un tormento espantoso.

Al día siguiente los salernitanos, llenos de dolor por la pérdida de su amable y hermosa princesa, unieron los cadáveres de los dos amantes, y despues de una solemne pompa fúnebre, fueron depositados juntos en un arca de mármol, que se colocó á la entrada de aquel subterráneo, donde tantas felicidades gozaron algun tiempo.

FIN DE LA LEYENDA.

NOTICIAS DE TEATROS.

Despues del *Flavio Recaredo*, aplaudido drama de la señora Gertrudis Avellaneda, se ha puesto en escena en el coliseo del Principe una linda comedia del señor don José María Díaz, titulada: *Para vencer querer*. El asunto de esta obra interesa sobremedera y tiene rasgos y situaciones de primer orden. El autor recibió una justa y merecida ovacion por parte del público que le llamó á la escena y le saludó con unánimes y repetidos aplausos.

La ejecucion fué esmeradísima. El eminente actor don Julian Romea interpretó su papel con el acierto, con la maestría que tiene de costumbre; tuvo momentos muy felices en los cuales arrancó algunos aplausos. La señora Matilde y la Palma no dejaron nada que desear. Desde luego se ha conocido que esta comedia ha pasado por el tamiz de proljos y esmerados ensayos. Aconsejamos al señor Romea la misma eficacia y el mismo celo en todas las producciones que se representen en su teatro.

La misma noche que se presentaba por primera vez al público la compañía francesa en el teatro de la Cruz, asistían al del Principe SS. MM. en donde se ejecutó la comedia del maestro Tirso de Molina, titulada *Marta la piadosa*, y el tan conocido sainete de don Ramon de la Cruz, *La casa de Tócame-Roque*. Una concurrencia numerosa y escogida llenaba las localidades de aquel coliseo. Al presentarse la augusta soberana prorumpió el público en vitores y aplausos, y ocioso es decir que la funcion estuvo animada, no solo por esta favorable incidencia, cuanto por el esmero que desplegaron los actores todos en la ejecucion de la comedia que fué muy aplaudida.

La compañía francesa no puede quejarse de la galantería con que ha sido recibida por los españoles. El público madrileño ha dado una prueba mas de su acreditada sensatez. *Genevieve*, pieza en un acto traducida aqui con el titulo de *Los Celos paternales*, fué la primera que se ejecutó y en la que sobresalieron de una manera especial Mr. Nestor y Madlle. Lobry. Los actores que tomaron parte en la ejecucion del drama agradaron poco. En la última pieza tuvo ocasion de lucirse nuevamente Mr. Nestor en su papel de portero. Mad. Mezaux en el suyo de portera y característica no estuvo menos feliz que el primero.

Nada nuevo se ha estrenado en el coliseo de los Basilio desde que terminaron las representaciones de la comedia *Una aventura del cardenal de Richelieu*. Sin embargo, parece que preparan el concienzudo arreglo que ha hecho don Ventura de la Vega de una producción muy notable del grande Scribe, que se pondrá en escena con el titulo de *Adriana*. Mientras tanto, don Juan Tenorio, *El Guante y el Abanico*, *Las Travesuras de Juana*, y otras piezas muy conocidas son las que han estado ejecutándose en este teatro.

Despues de la excelente zarzuela *Jugar con fuego*, se estrenó el jueves en la noche en el teatro del Circo otra que lleva por titulo *El confitero de Madrid*. Es una traduccion de una ópera cómica estrenada recientemente en Paris, y traducida y representada en forma de comedia en el Principe con el titulo de *Corregir al que yerra*. Como comedia agradó poco; como zarzuela gustó menos todavia, y el público la recibió esta última vez con demostraciones poco favorables para el traductor del libreto y los autores de la música. Desearíamos mejor acogida á las que nuevamente se preparan.

Dícese que doña Teodora Lamadrid ejecutará muy en breve en el teatro del Drama la comedia nominada *Un matrimonio á la moda*, en cuyo desempeño es probable que tomen parte los hermanos Osorio.

El teatro del Instituto sigue hasta el momento en que escribimos esta noticia teatral, repitiendo la aplaudida traduccion de la comedia *Mercadet*. Parece que prepara un gran número de producciones originales escritas por autores ventajosamente conocidos. Los actores de *Variedades* se esfuerzan por agradar. Ignoramos hasta qué punto conseguirán su objeto. Este coliseo celebró su apertura con una comedia original del señor Rosas, titulada *La esclava de su deber*, que fué bien recibida.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Toma Artemisa tres naves griegas en Salamina, y libra su buque de manos del enemigo.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8